



DIOS... EL HOMBRE...



A costumbre, Emmo. Señor, (1) nos hace pronunciar estas dos frases sin asombro; casi en todas las ocasiones las repetimos mecánicamente, sin fijar nuestra consideración en que son ellas dos poemas magníficos, en cuyas armónicas páginas palpita todo lo grande y todo lo bello, se encierran los acordes de ese himno sublime que, con su orden admirable, fundamento de lo grande y de lo bello, entona sin descanso la creación.

DIOS... *El hombre...*

Así, sin el estremecimiento que agita el espíritu y acelera la marcha del corazón, cuando conmueve los íntimos secretos de nuestra alma el recuerdo que traspasa los límites de lo común, la presencia de lo extraordinario, decimos esas dos trascendentales palabras, *alpha* de donde sale la vida, *omega* á donde la vida vá á parar; dos poemas en cuya cabeza brilla, con luminosísimos cuerpos de luz, este título: VIDA; cuyo fin le constituye, escrito con purísimos soles abismos de luz inextinguible, esta inscripción: VIDA.

(1) Su Emma. el Card. Cascajares (q e. p. d.)

VIDA... La vida misma, la inmensidad, la eternidad, la vida increada... ¡DIOS!

VIDA... La creación, la vida creada... ¡*El hombre!*

El alma, Emmo. Señor, Ilmos. Sres., hermanos míos, el alma, inundada por torrentes de luz, de aquella luz que tiene poder para que, al contacto de sus rayos, broten mundos de claridad del fondo de las tinieblas, de aquella luz que es vida, que dá la vida, que engendra la vida, porque la vida es la luz, se abisma en las inmensidades de la eternidad, las registra, recorre uno por uno, sin penetrarlos, los misterios que se desenvuelven en aquellos majestuosos palacios de toda la grandeza; escucha los duleisimos conciertos que sostienen viva latente, la palabra creadora; descorre los velos de oro y pedería que cierran el suntuoso Alcazar, donde la Beatísima Trinidad, en sustancial eterno coloquio, acuerda la encarnación del Verbo, luz de luz, Dios de Dios, luz y vida de las cosas todas, del cielo, de la tierra, del hombre, en las entrañas de una mujer; penetra en los arcanos de la inmortalidad del alma, y allá, en un océano incommensurable de luz, vé al Principio sin principio, por quien todas las cosas son hechas, para quien todas las cosas son: la fuente de donde mana un agua vivificadora que es la savia de toda vida... *Erat lux vera... Omnia per Ipsum facta sunt.* Allá, sobre la grandiosidad de lo eterno, hay un trono sostenido por cuatro columnas incommovibles que se llaman: *eternidad, inmutabilidad, justicia, misericordia*; coronado por tres hermosos capiteles: *fé, esperanza, caridad* y en aquél Trono el alma vé a DIOS..

Suprimido Dios, no hay eternidad porque El es la eternidad misma; suprimido Dios no hay Vida increada porque la Vida increada es Dios.

Y luego el alma se reconcentra en si misma, entra en el santuario de su inteligencia y medita las maravillas de

la creación, recreándose con el lenguaje del inspirado Legislador del pueblo Hebreo, desde el versículo primero hasta el 25 del primer capítulo del Génesis. Allí admira toda la obra de la creación y lee, con gratitud profunda, las primeras palabras del versículo 26: «Y por fin dijo Dios: HAGAMOS AL HOMBRE...»

Ante la consideración del alma, aparecen, una por una las evoluciones de la materia: vé el alma brotar de la nada, por la fecunda palabra de Dios, antes de todo día y antes de todo tiempo, el espíritu Angélico y la materia informe, el *prope nihil*, el caos, el eter impalpable; vé cómo esta materia se vá condensando y, en el trascurso de los seis periodos de tiempo incalculable, por su rapidísimo movimiento giratorio, cómo el movimiento es causa del calor y el calor se transforma en luz, la esfera se convierte en una estrella fulgidísima al resonar en el inmenso espacio el *fiat lux* del Hacedor; y vé cómo se separan las aguas y cómo las de la tierra se congregan en el inmenso océano obedientes al imperioso mandato: *et appareat arida*; vé á la nebulosa solar rasgar las nubes y presentarse en la extensión de los cielos el sol, brillante, hermosísimo, enviando, con los rayos de su primera luz, fecundidad á la tierra: *germinet terra... fiant luminaria in expansione coelorum*; vé cómo los mares son poblados; oye el primer concierto inimitable de las aves saludando la primera aurora que conocen; escucha el armonioso rumor de alabanza del arroyuelo que corre al río, los rugidos del torrente que en el río se precipita, para ir juntos río, torrente y arroyo á sumergirse en el mar... ¡Qué cuadro! Las primeras luces del sol; los primeros movimientos de los planetas girando en derredor de su rey; la primera iluminación de la noche, cuando aparecen colgadas de la bóveda celeste la luna y las estrellas; los primeros albores de la aurora; las primeras tintas purisimas de las

flores fecundadas por la luz; los primeros cambiantes del ropaje de las aves; el despertar del día primero después de la necesaria evolución del fluido que salió de la nada... Luz, colores, armonías, bellezas, orden, vida, señales de vida por doquiera.

Todo esto y sobre todo esto, presidiéndolo todo, recibiendo homenaje de respeto, en la sumisión de las fieras, en el calor y la luz de las luminarias del cielo, en la expansión de la vista por todas las bellezas, en el aroma de las flores, en los frutos de la tierra, ¡el hombre! Todo para el hombre; todo para la admirable síntesis de la creación.

Suprimid al hombre y la creación no existe. Todo va encaminado á él; para él ha sido creado todo.

DIOS... *El hombre...*

Dios: el amor mismo. El hombre: el objeto del amor de Dios.

Dios y el hombre en relación constante y perpetua porque toda la vida que sale de Dios es para el hombre y en el hombre vuelve á Dios. Dios para el hombre; la creación para el hombre... El hombre para Dios!

Vamos á meditarlo.

AVE, MARÍA...

I

Es esto bastante? Al pronunciar, Señor Emmo., estas palabras: DIOS, *el hombre*, ya lo hacemos con trasportes de inexplicable entusiasmo; pero si nuestra lengua las une, el abismo de lo infinito las separa. Esto es mucho; los torrentes de la gracia y del amor de Dios han inundado á la criatura formada á su imagen y semejanza; las manos creadoras tejieron un manto real para la realeza de la creación; pero el Ser por esencia quiere más todavía; su amor es un mar cuyo imponente oleaje todo lo domina, todo lo salva; las mismas rocas de lo infinito caen debajo de la espuma de esas olas y las olas saltan por encima de la infinita montaña de lo infinito. Al principio sin principio de ese mar está Dios; las aguas de ese mar de amor corren al otro extremo buscando al hombre. ¡Los dos extremos se unirán! IPSA CONTERET CAPUT TUUM.. VIRGO CONCIPIET.. Que se ocultará á la inteligencia de Dios? Ahí teneis el cable poderoso que vá, no ya á sostener en la íntima relación actual á Dios y al hombre, sino á unirlos estrechamente...

DIOS... *El hombre...* Aún vemos el abismo... Los siglos pasan... en vertiginoso remolino las generaciones se precipitan en la sima del ayer... En una humilde morada de Nazaret resuenan los acentos de Dios puestos en labios de un angel. FIAT... VERBUM CARO FACTUM EST. ¡Ya ha aparecido el lazo de unión!

Dijimos: DIOS... *El hombre...* el amor de Dios quiere que digamos... salta el corazón de gozo, el alma se abisma en océanos de inenarrables consolaciones; la lengua está muda... ¡Dios mio, decide que hable!

Emmo. Señor. Sres. Iltinos; hermanos míos: Decíamos. DIOS... *El hombre...* Dios quiere que digamos:

EL DIOS—HOMBRE.
EL HOMBRE—DIOS.

Al hacer la apoteosis del hombre hemos cantado un himno de gratitud al que de tal modo ensalzó á la criatura.

Sigamos con nuestro himno; una estrofa mas.

Fiat... y brotó la creación del abismo de la nada. *Fiat* y se rasgaron los cielos y los ángeles envidiaron á la tierra y una virgen fué el lazo de unión entre Dios y los hombres. *Et Verbum caro factum est et habitavit in nobis et vidimus gloriam Ejus...*

II

¡Dios ha nacido! Dios todo bondad, Dios todo amor, Dios todo ternura; Dios, enamorado del hombre, esfuerza la infinita iniciativa de su poder para emplearla en el hombre, y no le basta cuanto le ha dado hasta hoy: le sube hasta Si, desciende hasta él, á él se une y de su carne toma su carne; no le basta apretar el corazón del hombre contra su corazón, para que aquel aprenda lecciones de vida en este, para que latan al unisono, y las palpitaciones se correspondan, sino que hace que el corazón del hombre sea, en la persona sacratísima de Cristo, el corazón de Dios; es poco ya inspirar á nuestro corazón tendencias á lo sobrenatural; no es bastante que el corazón del hombre esté vacío, más vacío cada vez, cuando intentan llenarle, calmar sus ansias, apagar su sed ardorosa, mitigar su fiebre de lo desconocido, de lo superior, de lo extraordinario, las efímeras cosas de la tierra; Dios quiere más: el hombre tiene derecho á hablar un lenguaje soberano:—Carne como mi carne fué la

carne de Dios; un corazón de la misma extructura que el mio fué el corazón de Cristo; por el Evangelio, código de la doctrina del Salvador, fui engendrado para la vida de la gracia; sangre real circula por mis venas. Dios quiere unir tan intimamente al hombre y á Dios que constituye con ellos una familia: en Cristo está la sustancia de Dios; El es Dios; Dios es su Padre; su madre es una mujer; el hombre es su hermano; la filiación del Verbo encarnado es común, aunque de distinto modo, á Dios y á María, y María, al presentar á su hijo á Dios en el templo, exclama, con palabras dulcísimas que asombran al mundo y hacen que el cielo y la tierra las escuchen de rodillas:—He aquí, Señor, á tu Hijo, mi Dios; he aquí á Dios encarnado, mi Hijo. Hijo tuyo, Señor, desde la eternidad; tu lo dijiste en aquel día sin principio ni fin: *filius meus es Tu, ego hodie genui Te*; hijo mio en el tiempo, según tus mismas palabras, aquellas palabras que llenaron de estupor mi espíritu, en los momentos en que saludaba yo, sin conocerla, á la que, según los Profetas, habia de dar vida mortal al Dios Inmortal: *Spiritus Sanctus superveniet in Te et virtus Altissimi obumbrabit Tibi; et quod nascetur ex Te, Sanctum, vocabitur Filius Dei...*

Amor la creación; amor la aparición de la gracia y de la benignidad de Nuestro Señor Jesucristo entre nosotros; amor.

Emmo. Señor: los sabios, cuando tienen que contestar á estas preguntas: quién es Dios? ¿qué es Dios? qué es la creación? qué es la venida al mundo del Mesías prometido? ¿qué es la bienaventuranza eterna? qué es el Sacramento del Altar? ¿qué hizo Dios en el principio? qué hizo al expirar las semanas de Daniel cuando vino la plenitud del tiempo? qué hizo Cristo durante su vida mortal? extraen de su genio sublimes concepciones que caen sobre la inteligencia de los hombres convertidas en cascadas de

luz, en torrentes de abrumadora elocuencia; arrancan á la naturaleza todos sus secretos; sientan las bases de la geología; elevan sobre cimientos perennes el edificio teológico... yo, Señor Emmo, no sé más que dos palabras, síntesis, á mi entender, pero síntesis de delicias inefables, de todo aquello:

¡AMOR! ¡AMAR!

¿Qué es Dios? ¿Qué son la creación, la Encarnación del Verbo, la Eucaristía, la bienaventuranza?... ¡AMOR!

¿Qué hizo Cristo al nacer, al vivir, al morir, al quedarse con nosotros en la Hostia Santa hasta la consumación de los siglos?... ¡AMAR!

.....

III

¿No se deshace nuestro corazón y en lágrimas de reconocimiento brota á los ojos y de los ojos cae convertido en bálsamo precioso de delicado aroma que bañe los pies de un niño recién nacido en un portal de Belén?

Al corazón pertenece solemnizar el Sagrado misterio del nacimiento de Dios, no á la lengua,—dice Santo Tomás de Villanueva;—al corazón corresponde cantar el *Gloria in excelsis Deo* ante el Verbo de Dios, esplendor de la gloria del Padre, figura de su sustancia, Dios de Dios, porque este Verbo es producto de la inteligencia divina, realidad divina por lo tanto, como palabra que es exhalada del corazón, es decir: producto de la inteligencia de Dios cuando concibe su propia esencia... El Verbo de Dios *in similitudinem hominum factus... formam servi accipiens... et habitu inventus ut homo!*

Habitu inventus ut homo! ÉL... El Deseado de todas las naciones, el Admirable, el Consejero, Dios, el Todopode-

roso, el Padre del futuro siglo, el príncipe de la Paz... ¡Qué bendito cumplimiento de la palabra de verdad dada por Dios á la casa de Israel!

Levántate, ¡oh cantor Santo, poeta inimitable, David! y entona, delante de tu Dios y de tu Rey, descendiente de tu linaje, aquellas canciones de tus salmos 23, 95, 97 y 131.

Salomón, Isaías, Ageo, Daniel... venid: postraos ante la humilde cuna que sostiene á Aquél cuya majestad no cabe en los cielos ni en la tierra... Ved el cumplimiento de vuestras profecías; velad el sueño de Dios y arrullad al Dios-Niño, repitiendo los acentos de asombro, de amor, de inspiración divina que salieron de vuestros pechos, cuando os herían los rayos clarísimos de luz eterna, oculta hoy tras la carne mortal, de la luz que en el misero establo de Belén envuelve entre arrobadores nimbos á la mujer privilegiada entre todas las mujeres.

Angeles... hombres... patriarcas... profetas... reyes... sabios... criaturas todas... maravillas de la creación... cielo... tierra... infierno... ¡de rodillas! Pero no; levantaos. El Verbo de Dios encarnado viene á darnos lecciones de amor, humillándose por nosotros.

Por eso es niño; por eso se recuesta en pajas; y solo, con su madre y con su padre putativo, hace de un establo su Palacio y su corte la componen una mula y un buey. Por eso tiembla de frío y quiere calentarse con el fuego del corazón del hombre; por eso llora y no quiere, para enjugar sus lágrimas, paños de ricas telas: quiere que se seque al calor de nuestro cariño.

¿Vienes al mundo, Dios amante, para lavar la culpa del primer hombre? Ya está lavada; ya está satisfecha la justicia de tu Padre ofendido; ya somos salvos. Jesús ha derramado una lágrima y esa lágrima es un mar de bendiciones y de gracias que purifica al hombre, que le viste de un ropaje digno para presentarse ante Dios, de la librea

de sus hijos y la patria de los hijos del Padre Celestial es el cielo. ¿Ha venido á merecernos la vida? Sus lágrimas tienen un precio infinito; son nuestras y no las vendemos si no es por lo que valen: ¡valen el cielo!

Pero el niño nos mira con ojos de compasión. ¿Qué sabemos nosotros lo que es amar como Dios ama? El niño tiene que recorrer paso á paso el camino trazado por Dios para la redención del mundo; tiene que agotar los recursos de su Omnipotencia para obrar más prodigios, para hacer todo lo que puede ser hecho por el amor con que Dios nos ama; llegará hasta donde llegue la Omnipotencia y para la Omnipotencia nada hay imposible.

Decía la ley de Moisés: «El niño varón que no sea circuncidado será exterminado de entre el pueblo.» Pero, este niño ¡es Dios!; este niño no está sujeto á la dura ley emanada de la culpa, porque Él es la misma pureza; ninguna mancha tiene! al lado de su blancura la nieve no es blanca. Él tiene, un Padre, pero este Padre es Dios; tiene una madre, pero esta madre es una Virgen Inmaculada. Él está sobre todos los seres, contiene todas sus perfecciones, es el Verbo de Dios; y en Dios ¿quién puede descubrir manchas? Este niño es el Verbo que existía en el principio, que estaba en Dios; el Verbo por quien todas las cosas han sido hechas; Aquél que ha extendido los cielos y creado los ángeles; Aquél cuya voluntad gobierna á todos los seres. No; sobre este Niño no puede caer la maldición de la Escritura. Sin embargo, el amor le hace humillarse no solo hasta la forma de esclavo, sino hasta la forma de pecador. Hace ocho días no se diferenciaba del esclavo siendo El el dueño de todo; hoy no se diferencia del pecador siendo El el que justifica. El día de su nacimiento, dijimos: «Ha conversado con los hombres;» hoy: «Colocado está entre los pecadores.» Ayer exclamamos atónitos «EL VERBO SE HA HECHO CARNE;» más atónitos exclama-

mos hoy: «El que no conocía el pecado se ha hecho forma de pecador por nosotros.» Verbo de Dios, sin imagen ni figura no tienes nombre; Dios encarnado recibes hoy el nombre de Jesús... Jesús!.. Dios-Niño!.. verdadero niño y verdadero Dios: ¡bendito seas!

¿Qué daremos á este Niño amorosísimo como recompensa á su amor? ¿Cómo corresponderemos á tan soberanas finezas? Procurando conocerle; porque si le conocemos nos arrobará en éxtasis de amor.

La estrella de brillo superior al de todas las que tachonaban el firmamento nos alumbrá; desde las regiones de la indiferencia, tan distantes de Belen, nos lleva al santo Portal, para que con los Magos adoremos al Rey recién nacido. El nos espera para manifestarnos y recibir las ofrendas de nuestro corazón. No anhela riquezas; no quiere honores; desprecia los placeres: ansia vernos junto á Sí, que le admiremos en la profunda humildad de que se rodea para que aprendamos ¡Qué lecciones!. Nos pide el obsequio de nuestra fé, gratitud y correspondencia, y nosotros, nobles y agradecidos, iluminados por la anunciadora estrella, *venimus adorare Eum!* Adios al imperio del pecado; adios á la morada de la iniquidad; nos despedimos de lo que nos aleja del Niño-Rey, y corremos desalados, con hambre de gracia, en busca del bien que de El nos ha de venir. Entramos en la gruta, encontramos al Niño con María su Madre y cayendo de rodillas ¡le adoramos! Toma, Niño querido, nuestra alma; ¡que no de vida á nuestro cuerpo si te hemos de ofender más! Toma nuestro corazón; Tu sólo reina en él; que no sienta otra cosa que tu amor; que todos sus latidos sean para Ti; si

ésto no hace.... ¡no es digno de palpitar ¡que se atrofie! que muera! Amor con amor se paga.

Amor, con amor se paga! Pero, hermanos: ¿se paga este amor? Jesús se dará por satisfecho con que hagamos todo lo que esté de nuestra parte; no nos obliga á más. ¿Qué hemos de hacer? Acompañarle; presentarnos con El en el Templo para ofrecernos al Señor; acompañar á la hermosa doncella que va á purificarse y purificarnos, limpiar el alma y presenciar el espectáculo de sumisión que nos ofrecen Jesús y Maria en la fiesta que hoy conmemoramos ¡Qué ternura entrañan los adorables misterios que hoy regocijan y rejuvenecen el alma del Anciano Sacerdote, aquél varón lleno de Dios, que llora de gratitud, canta de alegría, se estremece de gozo al recibir en sus brazos el tesoro del seno virginal de Maria, el tesoro esperado con inexplicables vehemencias.... Detengámonos, hermanos, á las puertas del templo, á presenciar una escena grandiosa sobre toda ponderación ¿Qué sucede? El pueblo se agita como en las grandes solemnidades; las gentes, formando un solo grupo, van á la casa de Jehová; el suelo se cubre de flores, de flores de un aroma suavísimo, de un aroma como jamás embalsamó los aires de ninguna primavera.... El sol luce con nitidez desconocida, los angeles cantan, el cielo se abre para que caigan sobre la tierra torrentes de armonías y de bendiciones.... El mundo suspende su marcha natural para ver lo que envidiaron todos los siglos.... Una mujer, la admirada, con un Niño de singular hermosura se dirige al templo; el sol se humilla en el polvo de la tierra, porque á la tierra miran los ojos de aquella mujer, y sin la luz de aquellos ojos se enfria el sol.... En el templo, junto al altar, cánticos diferentes forman un concierto, que es el concierto de las divinas alegrias, de las alabanzas celestiales.

De entre la multitud sale una profetisa, Ana; firme convencida, iluminado su rostro por el fuego que quema su corazón, sube resuelta hasta las gradas del tabernáculo y dice al pueblo, con palabras que le convencen:—El és, El és el Deseado de las naciones; El, la esperanza de nuestros padres; El és el Mesías. Lo sé muy bien: el Espiritu Santo me lo ha dicho.—El Santo Sacerdote derrama su corazón á las plantas del Niño y canta el cantar hermosos que repetimos diariamente los Sacerdotes. «*Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace; quia viderunt oculi mei Salvatorem tuum.* Gracias, Señor, portus bondades sin medida; ya nada tengo que hacer en el mundo; dejame morir en paz. Se han realizado mis deseos: he tenido en mis brazos al que es la salvación del pueblo; en tus brazos, Señor, recibeme Tu. He visto la vida de la vida nacida en el tiempo: nazca yo, Señor, para la vida de la eternidad, en la muerte de la vida de la tierra, *Viderunt oculi mei salutare tuum:* que los ojos de mi alma vean, desde el mundo de la verdad, los prodigios que, en la tierra, obrará este adorado Salvador.» Y los Angeles cantan: *Ave, Maria, gratia plena, Dominius tecum...*

La Virgen Madre cae de rodillas; el espíritu de Dios la abraza con ardores que los serafines no pueden concebir; emocionada, con el Niño—Dios en sus brazos, dice al Padre Celestial:—Señor: dignaos recibir esta ofrenda; yo os ofrezco á este Niño, hijo vuestro é hijo mio, para que los crímenes del mundo sean expiados por este inmenso sacrificio, que es el de la mañana; después, El mismo se ofrecerá á vos en la Cruz aquel será el sacrificio de la tarde.» Simeón recibe al Niño en nombre de Dios y ofrece enseguida, no por el Niño, sino por el mundo, el místico sacrificio de las palomas.

Habia que dar cumplimiento á lo anunciado: Jesús no vino á derogar la ley sino á cumplirla; su Madre tam-

bién la vá á cumplir, aún cuando no estaba sujeta á ella, aún cuando había sido exceptuada, no solo en los designios de Dios, sino en el texto de la ley. La nueva madre debía abstenerse de cosas santas y de entrar en el templo del Señor durante cuarenta días después del alumbramiento; entonces se purificaba, ofrecía á su hijo á Dios y presentaba un cordero y una tortola, si era rica; dos tortolas ó dos palomas si era pobre. El niño perteneciente á la tribu de Levi permanecía al servicio del Señor; el que pertenecía á otra tribu era comprado por su madre por cinco siclos de plata.

Pero la Virgen ¿estaba comprendida en esta disposición? Conoció del espíritu Santo; fué madre sin dejar de ser Virgen. No tiene, pues, que purificarse la que en todos los momentos es purísima; la única que, por la omnipotencia de Dios, es madre-Virgen. Moisés tuvo en cuenta la virginidad de María, antes y después del nacimiento de Jesús, al escribir estas palabras del Levítico: «La mujer, cuando dejando de ser virgen, de á la luz un hijo, será impura.» Esta frase; *dejando de ser virgen*, dice bién claramente como Moisés exceptuaba á una mujer que, sin dejar de ser virgen, sería madre: á María no alcanzaba la ley de la purificación. No obstante, Ella, el arca de la alianza el templo purísimo de Dios, aparece confundida con las demás mujeres; Ella, más limpia que el cristal, cuando por él pasan los rayos del sol, vá al templo á purificarse. A las gentes estaba velado el prodigio de la Encarnación y María, rechazando el cumplimiento de la ley, podía servir de escándalo ó aparecer como prevaricadora. ¡Cuántas cosas debemos hacer para evitar el escándalo! No basta tener buena conciencia de sí mismo; es necesario velar por la buena conciencia de los demás....

La Virgen compra á su Hijo por cinco siclos... Dios mío; que venta tan singular! Madre mía: perdonamos un lengua-

je que vá á herir tu alma: si nosotros hubieramos tenido en nuestras manos tan soberano tesoro, no le hubieramos vendido por todas las riquezas! La Virgen ha comprado á Jesús para nosotros.... Nos pertenecéis, pues, Señor, por doble título: como don que nos hizo el Padre cuando naciste en Belén y como propiedad adquirida para nosotros por tu Santísima Madre.

Jesús es nuestro ¿Le venderemos?... Jamás! Jamás!
Jamás!

Dios mío: Eres nuestro, completamente nuestro; tenemos derecho á Ti y en Ti á todo lo que es tuyo. Tenemos derecho á la Persona: nuestro es lo que á la Persona pertenece. Cuando vengas á juzgar al Universo, recuerda, Señor, que has sido comprado para nosotros; colócate en nuestras manos porque tenemos derecho á Ti. Eres nuestro; Dios mío! Nuestros son: vuestra grandeza, vuestra humildad, vuestro amor; los gemidos de vuestra infancia; los sufrimientos de vuestro apostolado; vuestros prodigios; vuestros sudores, vuestras afrentas; la sangre que derramasteis en el Arbol santo de la Cruz; vuestra muerte.... todos vuestros merecimientos; todas vuestras riquezas eternas; vuestra gloria; ¡el cielo! Eres nuestro; ¡qué dicha tan incomparable!

Amor.... humildad.... ¡todo humildad y amor! Esto nos enseña: que la base de todas las virtudes es la humildad; que todo el saber está en guardar los mandamientos que son amor. *Diliges Dominum Deum tuum... Diliges proximum tuum sicut te ipsum.... in is duobus praeceptis universa lex pendet et prophetae....*

Por nuestro amor obedece á sus padres; explica en el templo, en medio de los Doctores; se oscurece treinta años en la más profunda humildad; predica después; obra

milagros; suda sangre; es escarnecido, ensangrentado, coronado de espinas y cuando nos vá á dar la vida, aún tiene sed de amor... SITIO. Con nosotros se queda en la Hostia Santa para servirnos de alimento.

Dios..... la creación..... la Redención..... la Eucaristía.....
el cielo..... ¡todo amor! Todo por nosotros y para nosotros..... ¡Dios para nosotros!..... Nosotros para Dios!

AMEN.



DEUS CHARITAS EST DIOS ES CARIDAD

EPÍSTOLA 1.^a DE SAN JUAN.—CAP. II VERS. 16

LA CARIDAD ES EL LAZO DE UNIÓN ENTRE DIOS Y LOS HOMBRES

*(Predicado en la Catedral de Valladolid
el día 5 de Enero de 1902).*